



ROMANCE MISTICO.

# LOS DESPOSORIOS DE SAN JOSE Y LA VIRGEN SANTISIMA.

PRIMERA PARTE.

Adan, nuestro primer padre,  
al gusto condescendiendo  
de Eva su esposa, á quien vino  
aquel ardiente deseo  
de la manzana, por quien

quedamos en cautiverio,  
nos dejó á todos manchados  
con el torpe borron feo  
de la culpa original,  
que se ha ido difundiendo

por todo el linaje humano,  
 pues quedó á ella sujeto.  
 Solo la Virgen María,  
 por especial privilegio,  
 en gracia fue concebida,  
 destinada de abeterno  
 para Madre de un Dios Hombre,  
 que por nosotros muriendo,  
 venció á la muerte y pecado,  
 triunfando de los infiernos.  
 Hija de Joaquin y Ana  
 fue esta doncella, teniendo  
 á David, Jacob y Abrahan  
 por sus dichosos abuelos.  
 Considerando estas cosas,  
 me vine á quedar durmiendo,  
 cuando entre sueños discurro  
 en lo que pensé despierto:  
 pues miro como presente  
 á María, claro espejo  
 de virtud y castidad,  
 que por sus padres al templo  
 fue ofrecida desde niña,  
 y permaneció asistiendo  
 con humildad tan perfecta,  
 que á explicarlo no me atrevo:  
 pero básteme el decirlo,  
 que estando del Padre Eterno  
 entre todas escogida  
 para ser Madre del Verbo,  
 habia de ser perfecta  
 en todo y con todo extremo.  
 Mirando á un lado y á otro,  
 ví un bellissimo mancebo,  
 tan dotado de virtudes,  
 como otro ha habido en el suelo.  
 Este es San José, señores,  
 un galardo carpintero,  
 y que tiene con María  
 muy cercano parentesco.

Pues tratando de casarla,  
 por ser de edad, discurriendo  
 quién pudiese ser tan digno  
 de su mano, dispusieron  
 por inspiracion divina,  
 que hiciera patente el cielo  
 la santidad y virtudes  
 del venturoso mancebo.  
 Y así un dia señalado  
 saliesen á cierto puesto  
 los mancebos que tenia  
 aquel tan dichoso pueblo,  
 con báculos en las manos,  
 y el que dispusiese el cielo  
 que su vara floreciera,  
 de María fuese dueño.  
 En fin, se alborozan todos,  
 cada uno discurriendo  
 del modo que ha de salir.  
 Bizarros salen al puesto,  
 todos con ricas libreas  
 á porfía compitiendo,  
 dentro de sí imaginando  
 cada cual merecer serlo.  
 Y este mancebo gallardo  
 entre ellos se ha descubierto,  
 tan castamente vestido  
 de un manto blanco y honesto,  
 que manifiesta el tesoro  
 de virginidad inmenso,  
 que con humildad encierra  
 aquel generoso pecho;  
 y bien descuidado iba  
 de que su merecimiento  
 le llegase á ser esposo  
 de María, hermoso cielo.  
 Mas estando decretado,  
 que él solo merece serlo,  
 le quiso dar compañera  
 Dios, con tan grandes aumentos,

R. 22.26

que si hay algunas ventajas,  
 en María las veremos.  
 Salió María vestida  
 del bello color de cielo:  
 sobre él llevaba esparcidos,  
 con un liston blanco presos,  
 los cabellos, hebras de oro,  
 que al de Ofir causaban celos.  
 Algun tanto iba confusa  
 allá dentro de su pecho,  
 que la obediencia la obliga  
 á quebrar el voto hecho  
 de castidad, pero piensa,  
 que obedecer es primero,  
 y así al cielo le suplica  
 reciba su santo celo.  
 Apenas llegó María  
 con sus padres y sus deudos,  
 y el escuadron numeroso  
 de los bizarros mancebos,  
 se postraron de rodillas  
 en el suntuoso templo,  
 y en sus oraciones vieron  
 descubierto este misterio,  
 pues en José se advirtió,  
 que el báculo alto y seco  
 en un instante brotaba  
 flores en racimos bellos.  
 Admirados pues en ver  
 este tan feliz suceso,  
 y que el ser esposa suya  
 lo manifestaba el cielo,  
 luego al punto se la entregan  
 con alegría y contento.  
 El humilde en tal accion,  
 con muy cariñoso afecto  
 la dice: bella María,  
 mi indignidad os confieso;  
 vos engrandeceis, Señora,  
 este humilde esclavo vuestro.

Y María le responde:  
 esposo querido, el cielo  
 quiere premiar mi humildad  
 con tan santo compañero;  
 en mí tendreis una esclava  
 humilde al servicio vuestro,  
 y mis faltas, os suplico,  
 supla vuestro entendimiento.  
 Los llevaron á la casa  
 de José con gran contento,  
 y dejándolos en ella,  
 alegres se despidieron.  
 Quedaron los desposados  
 muy gozosos en extremo,  
 pero no determinados  
 contra su voto propuesto.  
 Retiranse á la oracion,  
 cada cual en su aposento,  
 pidiendo á Dios que les libre  
 de este tan terrible aprieto.  
 Mi Dios, decia María,  
 José decia lo mismo;  
 ¡quién pudiera, quién pudiera  
 decirle á mi amado dueño,  
 decirle á mi dulce Esposa  
 el pensamiento que tengo!  
 Mas Dios que los vió afligidos,  
 quiso enviarles consuelo,  
 y á cada cual de por sí  
 les anuncia el voto hecho  
 de castidad, con que quedan  
 asegurados y quietos,  
 dándole á Dios muchas gracias,  
 y en gozo anegado el pecho,  
 se buscan regocijados  
 los dos amantes del cielo.  
 Amorosos se reciben,  
 y refiriendo su intento,  
 con castísimos abrazos  
 se afirman en lo propuesto;

4  
despídense cortesmente,  
porque ya se hacia tiempo  
de que cada cual se fuese  
á recoger á su lecho.  
Servia la Virgen pura  
á su esposo, amado dueño,  
con tanto amor y humildad,  
que no puedo encarecerlo;  
José la correspondia  
con un amor tan perfecto,  
que del cariño de entrambos  
envidia tenia el cielo.  
Las noches y dias parten  
por mitad siempre, asistiendo  
al trabajo con cuidado,  
y á la oracion con afecto.  
Leyendo un dia María  
el soberano misterio,  
que una Virgen pariria  
al Autor de tierra y cielo,  
profundamente humillada,  
dijo en lo interior del pecho:  
¿quién pudiera ser esclava  
para estar siempre asistiendo  
á aquella que ha de ser Madre  
de tan buen Hijo en el suelo!  
Cuando rasgando los aires,  
ante sus ojos serenos  
se presentó muy bizarro  
un bellissimo mancebo.  
Dios te salve, gran María,  
dijo el Angel, y poniendo  
en el suelo ambas rodillas,  
prosiguió cortés y atento:  
llena eres de gracia, y Dios  
está contigo de asiento.  
Turbada se halló la Virgen,  
pensando qué fuera esto;  
y el Angel la aseguró,  
de esta manera diciendo:

con Dios encontraste gracia,  
concebirás, y en efecto  
tendrás un Hijo, y Jesus  
será su nombre preexcelso;  
el cual será varon grande,  
é Hijo de Dios verdadero  
le ha de confesar el mundo,  
y de David el asiento  
ocupará, y de Jacob  
en la casa, será eterno  
su reinado. Mas la Virgen  
á su entereza atendiendo,  
dijo: ¿cómo puede ser,  
si yo y José hemos hecho  
voto de virginidad?  
Respondió el Angel á esto:  
será por virtud y gracia  
del divino Paracleto,  
y el muy alto te hará sombra:  
y tu Hijo santo siendo,  
le dirán Hijo de Dios.  
Y para mas prueba de ello,  
tu prima Isabel preñada  
de un hijo, ya en el mes sexto  
se encuentra, con ser estéril;  
que para el poder inmenso  
de Dios nada hay imposible.  
Y María vuelta al cielo,  
Señor, aquí está tu esclava,  
dijo; cúmplase en mí luego  
tu voluntad soberana.  
Y dado el consentimiento,  
obró el Espíritu Santo  
el soberano misterio  
de la Encarnacion sagrada.  
Cuando rayos esparciendo  
el alado Parainfo  
la dejó con gran contento.  
Y en otra parte diré  
del casto José los celos.



## LOS CELOS DE SAN JOSEF.

### SEGUNDA PARTE.

Supuesto que prometí  
contar de José los celos,  
prósigo, si mi auditorio  
me presta un rato silencio.  
Con prisa Marchó María,  
luego que entendió el secreto  
de Isabel, por visitarla;  
y así que las dos se vieron,

tiernamente se abrazaron.  
E Isabel reconociendo,  
que su niño daba saltos  
de placer, á Dios sintiendo  
cerca de sí, exclamó y dijo:  
¿de dónde á mí el don inmenso  
de que venga á visitarme  
la Madre del que es mi dueño?

Bendita tú que creiste,  
 pues verás ser todo cierto  
 cuanto te ha sido anunciado;  
 y bendito el fruto excelso  
 de tu vientre generoso,  
 de todo el mundo remedio.  
 Y humilde María entonces,  
 al Señor engrandeciendo,  
 dijo: por su gran bondad  
 logro yo, sin merecerlo,  
 un tal bien, y por dichosa  
 me aplaudirá el universo.  
 Zacarías, aunque mudo,  
 le hizo buen recibimiento;  
 y allí se estuvo tres meses,  
 hasta que San Juan naciendo,  
 volvieron á Nazaret.  
 Y yéndose descubriendo  
 de cada dia el preñado,  
 José que reparó en ello,  
 entre sí vuelve y revuelve  
 un temeroso recelo.  
 ¡Cómo puede ser (decía  
 el varon casto y honesto)  
 que María esté preñada?  
 no es posible, no lo creo.  
 Mas ¡ay triste! que su vientre  
 á voces lo está diciendo.  
 Tente, lengua, no pronuncies  
 semejante desacierto,  
 porque mas pura es María  
 que el cristal, y mas que el cielo;  
 y si los ojos la acusan,  
 se engañan en lo que vieron.  
 Era grande su tristeza,  
 sin tener atrevimiento  
 para inquirir de su Esposa  
 la causa de estos efectos.  
 Viéndose pues congojado,  
 y que no hallaba remedio,

por no llegar á acusarla,  
 quiso poner tierra en medio.  
 La Virgen bien conocia  
 de su esposo el sentimiento,  
 mas de Dios voluntad era,  
 que lo tuviese en secreto.  
 Tan terrible era el dolor  
 que siente José, que viendo  
 que la ofende, si lo dice,  
 pedia remedio al cielo,  
 diciendo: inmenso Señor,  
 no creo que sea cierto  
 me haya ofendido María,  
 pues fuera notable yerro;  
 pero ser cierto el preñado,  
 sin saber el autor de ello,  
 es lo que á mi corazon  
 angustia y causa tormento.  
 Estando en aquestas dudas,  
 le entró un tan profundo sueño,  
 que vencido de él, se halló  
 dormido luego al momento.  
 Bajó un Angel y le dijo:  
 escucha, José, atento:  
 no temas pues, que tu Esposa  
 ha de ser Madre del Verbo.  
 Despertó el santo varon  
 alborozado, y mas viendo  
 al hermoso Paraninfo,  
 que iba los aires rompiendo.  
 Fue á buscar su amada Esposa,  
 y con vergüenza y respeto,  
 contento, alegre y gozoso,  
 se arrojó á sus pies, diciendo:  
 Virgen soberana y bella,  
 Madre del humano Verbo,  
 bendita entre las mugeres,  
 perdona mi atrevimiento.  
 Y la Virgen le responde  
 con semblante muy risueño:

mi indignidad reconozco,  
 pero Dios es quien lo ha hecho;  
 perdona que lo he ocultado,  
 pues convino así el hacerlo.  
 Pasados algunos meses,  
 una jornada han dispuesto,  
 que les obligaba el César,  
 que cada cual á su pueblo  
 concurriese á suscribirse,  
 para pagar cierto impuesto.  
 Parten á Belen alegres,  
 mas acercándose el tiempo  
 de aquel soberano parto,  
 San José iba sintiendo  
 las fatigas de la Virgen,  
 porque del preñado el peso  
 á ella habia de causarla  
 cansancio é impedimento;  
 y así la iba consolando,  
 de esta manera diciendo:  
 ánimo, bello diamante,  
 lucero entre los luceros,  
 buen ánimo, que esta noche  
 nuestros parientes veremos,  
 y luego os regalarán  
 con amor y con afecto,  
 porque son muy generosos,  
 y que tienen para hacerlo.  
 Descúbrense ya las torres  
 y los edificios bellos  
 de la ciudad de David,  
 y ya la noche viniendo,  
 empieza á sentirse el frio,  
 por ser en el crudo invierno,  
 y la soberana Virgen  
 el rigor iba sintiendo;  
 y animosa se esforzaba,  
 por no dar pena á su dueño.  
 José lo echaba de ver,  
 y como no halla remedio,

el corazon á pedazos  
 se le deshace en el pecho.  
 Llegan en fin á Belen,  
 y toman algun consuelo,  
 por la máquina de gente  
 que por las calles van viendo.  
 Van á casa sus parientes,  
 y ellos la pobreza viendo,  
 con las puertas en la cara  
 á los dos esposos dieron.  
 Viéndose desamparados  
 de sus parientes, se fueron,  
 por ver si en algun meson  
 les daban acogimiento.  
 Pero fue cansarse en vano,  
 y de Belen ya saliendo,  
 reparan en un portal  
 ya arruinado y deshecho,  
 y acercándose hácia él,  
 llegan y ven que está abierto,  
 con que en tan grande afliccion  
 les sirvió de gran consuelo.  
 Saca recado José,  
 con que encendió lumbre, y luego  
 entran dentro y reconocen  
 en un pesebre muy viejo  
 una pollina y un buey  
 comiendo un poco de heno.  
 Consoláronse algun tanto,  
 y la Virgen conociendo  
 que se aproximaba el parto,  
 le pide á su amado dueño  
 con humildad cariñosa,  
 que la previniese lecho.  
 Era tan pobre la cama,  
 y con tan poco aderezo,  
 que su esposo muy alegre  
 se la previno al momento.  
 Recogióse allí la Virgen,  
 y en otro rincon no lejos

previno el justo José  
 su cama con paja y heno.  
 Apenas dieron las doce,  
 cuando del virginal seno  
 salió mi Dios hecho hombre,  
 por darle al hombre remedio.  
 Adora la Virgen pura  
 al mansísimo Cordero,  
 vertiendo perlas sus ojos  
 le dice dos mil requiebros.  
 El Niño Jesus lloraba  
 por la crudeza del tiempo,  
 y la pollina y el buey  
 le abrigaban con su aliento;  
 cuando de los nueve coros  
 bajan en racimos bellos  
 muchos Angeles cantando  
 el gloria in excelsis Deo,  
 y tambien dulces motetes,  
 que alegran el portalejo.  
 En esto José recuerda,  
 y escuchando tal concierto  
 de las voces y alegría,  
 luego supo el fundamento:  
 levantóse muy alegre,  
 vió aquel portal vuelto en cielo,  
 y al mismo Dios hecho Hombre  
 en un pesebre grosero.  
 Luego un Angel les dió aviso  
 á unos pastores, diciendo:  
 venid á Belen, zagales,  
 y vereis en carne al Verbo.  
 Levántanse alborozados,  
 como locos de contento,  
 dando aviso á las pastoras,  
 y ellas con amor muy tierno  
 previnieron que llevarle  
 á la parida al momento.

Una le prepara miel,  
 otra aceite y un pan tierno,  
 y otra le lleva los paños  
 al Niño Dios verdadero;  
 tambien los pastores llevan  
 paños de lana groseros,  
 zamarras para la cama;  
 otro le lleva un cordero.  
 Se entran por aquel portal,  
 todos cantando y tañendo,  
 cual tamboril y cual flauta,  
 cual sonaja ó morteruelo,  
 cual la ronca castañuela,  
 cual el rústico pandero,  
 y alegrando á la parida,  
 alternan muy placenteros:  
 viva el Niño Dios y Hombre,  
 Hijo de Dios verdadero;  
 viva la hermosa María,  
 y José su compañero.  
 Allí formaron su baile  
 muy alegres y risueños,  
 y le besaron la mano  
 al Rey de la tierra y cielo.  
 Los pobres dones le ofrecen,  
 y aceptando el buen afecto,  
 dió señas de que gustaba  
 de aquel inocente obsequio.  
 Pues en el portal humilde  
 se presenta el Niño bello,  
 recordando haber nacido  
 por nuestro bien y remedio,  
 y quiere hacernos favores,  
 obsequiarlo procuremos,  
 diciendo con reverencia,  
 celebrando este misterio:  
 gloria á Dios en las alturas,  
 y paz al hombre en el suelo.

**F I N .**

*Valencia; Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24.*